

Ya en tus vivos omoplatos el palpitar se siente
de las alas, que aguardan para el vuelo sagrado
las palabras creadoras del místico conjuro.

Y eres un vespertino crepúsculo viviente
donde luchan las últimas tinieblas del Pasado
con los vagos y tímidos albores del Futuro.

LAS ROSAS DEL CREPÚSCULO

Á MARIANO MIGUEL DE VAL

I

No hay gajo de laurel, rama de oliva
ni corona de oro
mejor para mis sienes que tus manos,
manos de amor cuyos fragantes óleos
vierten en los remansos de mi vida
como un olvido místico de todo.

Amen unos el sol y otros la luna,
que yo tan sólo adoro

el lucero que tiembla en el crepúsculo
divinamente triste de tus ojos.

II

Aquí, bajo los sauces: vino, rosas
y un volumen de versos,
mi vida se serena en la esmeralda
de un remanso fantástico de ensueño.

Bajo el fugaz milagro del crepúsculo
truécase en paraíso mi desierto...
(Mi desierto?... Vivir conmigo mismo,
en un mismo redil, lobo y cordero).

La serpiente de la Sabiduría
 enroscada en el árbol de mi huerto,
 no volverá á ofrecermé su manzana,
 porque frutos no dan los ramos secos.

En vano en los remansos embrujados
 —de mi vida interior claros espejos—
 caricatura absurda de mi vida,
 se asomará la sombra de un recuerdo;
 apariencias de otras apariencias,
 rosas de humo que deshoja el viento...
 ¿Es mi cuerpo la sombra de mi alma
 ó es mi alma la sombra de mi cuerpo?

III

¡Oh, viento que estremeces mis cabellos
 ¿qué flores, al pasar, has deshojado
 que viertes en las sombras del crepúsculo
 como un Oriente lúbrico de nardos?
 ¿Qué túnica de virgen pensativa
 en tu rauda carrera has levantado,

que dejas en mi carne solitaria
 como el perfume de algún cuerpo humano:
 suavidades de senos impolutos
 y humedad de cabellos destrenzados?

El enjambre sonoro del silencio
liba en mi corazón, romero amargo,
su miel más dulce... Tu recuerdo deja
un perfume de besos en mis labios.

IV

El crepúsculo arroja de los hombros
las gasas de amaranto que le velan,
desengarza sus rítmicos collares
de amatistas, granates y turquesas,
y dejando olvidadas sus sandalias
de púrpura, en la hierba,
se lanza en el remanso... Es un suicida
que no pudiendo resistir la pena

de envejecer, prefiere hallar la muerte
á perder su belleza...

Alma, como el crepúsculo, si un día
sientes perderse tu orgullosa fuerza,
húndete en los remansos de la vida,
y en las orillas olvidadas deja
las cadenas de oro que te ciñan
y el velo de amaranto que te vela!

V

Mi sien sobre tu hombro. Entre mis manos
la salobre humedad de tus cabellos...
En el árabe patio de mi alma
el surtidor sonoro de tus besos,
y tu perfume en todo... A mí viniste
envuelta en una túnica de ensueño,
á ofrecer á mi sed calenturienta
de peregrino eterno del desierto,

el frescor de tu agua y los maduros
y fragantes pomares de tu seno.
¿Cuántas horas pasó la caravana
reposando á tu sombra?... Tu recuerdo
efímero y fugaz pasó temblando,
como un fragante y fugitivo vuelo
de palomas perdidas en las brumas
de un lluvioso crepúsculo de invierno.

VI

Para el último sueño de la vida,
últimas rosas de mi primavera.
Antes de que en las sombras del crepúsculo
sus cálices de luz se deshicieran,

y su polvo fragante perfumara
el polvo miserable de la tierra,
una á una mis manos las cortaron
para adorno y aroma de tus trenzas.

Como crecieron todas entre espinas
y temblaban mis manos al cogerlas,
como una ofrenda de mi propia carne,
gotas de sangre en sus corolas llevan.

Y si antes de ceñirlas á tus rizos
á tu labio un instante las acercas,
como un perfume de melancolía,
mi alma y mi carne aspirarás en ellas.

Para el último ensueño de la vida,
últimas rosas de mi Primavera!

VII

En la noche, rasgando las tinieblas
con la luz de tu espíritu, llegaste
á la torre encantada donde sueño
cansado de vivir y de esperarte.

Era el silencio tan glacial. Había
tanto hielo en las ráfagas del aire,
que mi espíritu apenas si notaba
los febriles ardores de mi carne.

Al lado de mi cuerpo, parecía
un espectro velando su cadaver.

El recuerdo de todo aullaba fuera,
como un perro esquelético de hambre
que erizado de horror, ladra á los miedos
que vagan en las sombras de la calle.

La puerta se entreabrió sin hacer ruido
y en el umbral resplandeció tu imagen,
como si en las tinieblas con un fósforo
una mano irreal la dibujase.

VIII

El insomnio tenaz hincha mis ojos,
la hoguera de la fiebre me devora...
Toda mi carne es un dolor que abrasa
y mi alma es humo que en la noche flota.

Da las cuatro el reloj... y lentamente
refiembla en el silencio cada nota,
¿un martillo, quizá, que cierra un féretro?
¿un golpe de azadón que abre una fosa?

Yo no sé, pero siento que en mi carne
vibran cuatro puñales... En la sombra
fosforecen dos ojos, y, el silencio
rasga una voz que tímida me nombra...
¡La voz de aquel amor que fué un fantasma
porque besar jamás pudo mi boca!

LAS NAVES DEL CREPÚSCULO

A VÍCTOR M. RENDÓN

La tarde, sobre un navío
—púrpura, jacinto y oro—
resplandece en el sonoro
alargamiento del río,

que refleja en sus cristales
la viva policromía
de islotes de pedrería
y arrecifes de corales.

Pasa la tarde, apoyada
en un mástil, muda y quieta,
con su túnica violeta
de jacintos recamada...

Dora el agua cristalina,
con la pompa fabulosa
de una antigua y orgullosa
emperatriz bizantina,

mientras mi vieja quimera
engarza rimas de oro
en el silencio sonoro
de la fragante ríbera.

¡Rojo y dorado navío
que te alejas lentamente,
rompiendo la transparente
sierpe de plata del río,

con la prora al «más allá...»
Eres como un ataúd
florecente donde va
inmóvil mi juventud,

pálida de extenuación,
de oro y púrpura vestida,
sangrando por una herida
en mitad del corazón!...

CAMINOS DE SOMBRA

A PEDRO CÉSAR DOMINICI

Cruzamos espectrales por los largos caminos
encharcados de sombra, donde los hoscos pinos
tallados en basalto, parecen asesinos

que torvos cuchichean preparando algún robo,
mientras resuenan trágicos, erizando el cabello,
en las profundas guájaras, los aullidos del lobo,
y hay manos que se tienden para ahogar nuestro cuello.

Noche trágica y lúbrica, tenebrosa ramera
 que en su cubil de sombras ampara todo crimen!
 Voces de agonizantes, en las tinieblas gimen,
 y afila en los guijarros sus zarpas la pantera...

Relámpagos de espanto estremecen el monte,
 y el alma se retuerce en rudo forcejeo,
 ceñida por las rojas serpientes del deseo,
 con el gesto terrible del grupo de Laoconte.

Esta melancolía
 es mitad patológica y mitad fantasía.

Hastío del espíritu cansado de soñar
 y tedio de la carne fatigada de amar...

No hay dolor en el mundo que yo no haya sufrido,
 ó con la carne viva ó con el pensamiento,

porque brotar los gérmenes en mis entrañas siento
 de dolores futuros y dolores que han sido.

Por sufrir los dolores propios y los extraños
 viví treinta y dos siglos en mis treinta y dos años.

Vi seca mi esperanza en plena primavera,
 sentí morir mi vida hasta en lo más profundo,
 y sufrí tanto y tanto cual si mi alma fuera
 la síntesis de todos los dolores del mundo.

Como un árbol que tiene la raigambre podrida
 así fué poco á poco, secándose mi vida...

Esqueletos de árboles en la verde floresta,
 fantasmas vegetales sin nidos y sin flores,
 cadáveres de ensueño presidiendo una fiesta,
 ¡como mi propia carne siente vuestros dolores!

El arte sólo ha sido
 el ramo donde tantos dolores he reunido,
 atados con la cinta de la melancolía,
 por eso es tan amarga la miel de mi poesía...

Y por eso mis versos son flores de un pantano
 que prenderse no pueden sobre tu frágil seno,
 porque encierran sus cálices todo el mortal veneno
 de la angustia divina y del dolor humano.

Cegadas las pupilas por tanto como han visto,
 con el madero al hombro, igual que Jesucristo,

sin la mano piadosa de un amable recuerdo
 por el bosque de esfinges de la sombra me pierdo...

¡Noche, negra asesina
 de todo cuanto es luz, tiende tu manto

sobre esta ciega y muda pordiosera del canto,
 sobre mi pobre alma, desolada heroína

de una antigua tragedia insospechada y ruda,
 que por las largas sendas erizadas de abrojos,
 descalza y sin amparo, temblorosa y desnuda,
 clavando en las tinieblas las cuencas de sus ojos,

tacteando camina
 sin fuerzas para alzar el puñal que asesina!

Una frialdad de mármol sus miembros paraliza,
 el áspid de lo eterno el corazón le hiere...
 ¡Dale de tu pan negro porque hambrienta agoniza!
 ¡Dale á beber tu olvido porque de sed se muere!

¡Ten piedad de su agobio! Camina tan enferma
 que no tiene esperanza... En tu negro jardín
 dale tu estrecha tumba para que en ella duerma
 ese sueño de mármol que nunca tendrá fin!